

LA VIRGEN MARÍA (7) NTRA. SRA. DE GUADALUPE

La siguiente historia está tomada del escrito “El Nican Mopohua” que es el texto más antiguo y detallado que se conoce sobre el acontecimiento guadalupano. Su autor es el indígena Antonio Valeriano, y su composición data del siglo XVI, entre 20 y 30 años después de 1531.

“Un sábado de 1531 a principios de diciembre, un indio llamado Juan Diego, iba a la ciudad de México. Al llegar junto al cerro llamado Tepeyac amanecía y escuchó que le llamaban de arriba del cerro diciendo: “Juanito, Juan Dieguito”. Subió a la cumbre y vio a una Señora de sobrehumana belleza, cuyo vestido era brillante como el sol, la cual con palabras muy amables y atentas le dijo: “Juanito, el más pequeño de mis hijos, yo soy la siempre Virgen María, madre del verdadero Dios, por quien se vive. Deseo vivamente que se me construya aquí un templo, para en él mostrar y prodigar todo mi amor, compasión, auxilio y defensa a todos los moradores de esta tierra y a todos los demás amadores míos que me invoquen y en Mí confíen. Ve donde el señor Obispo y manifiéstale que deseo un templo en este llano. Anda y pon en ello todo tu esfuerzo”.

Juan Diego, se arrodilló y le dijo: “Señora mía, voy a cumplir lo que me has mandado. Soy tu humilde siervo”. Se fue deprisa a la ciudad camino al palacio del Obispo, fray Juan de Zumárraga. Cuando el Obispo oyó lo que le decía Juan Diego, solamente le dijo: “Otro día vendrás y te oiré despacio”.

Juan Diego se volvió muy triste... Se fue a la cumbre del cerro y encontró allí a la Señora del Cielo que le estaba aguardando. Se arrodilló delante de Ella y le dijo: “Señora, la más pequeña de mis hijas, niña mía, expuse tu mensaje al Obispo. Comprendí, por la respuesta que me dio, que pensó, quizás, sea una invención mía que tú quieres que te hagan aquí un templo, por lo cual te ruego que le encargues a alguno de los principales que le lleve tu mensaje para que le crean, porque yo soy un pobre hombrecillo, el último de todos. Perdóname que te cause esta gran pesadumbre, Señora y dueña mía”. Ella le respondió: “Oye, hijo mío, el más pequeñito, es preciso que tú mismo solicites y ayudes a que se cumpla mi voluntad. Mucho te ruego, hijo mío, y aún te mando, que otra vez vayas mañana a ver al Obispo. Dile que yo, en persona, la siempre Virgen María, Madre de Dios, te envía, para hacerle saber mi voluntad: Que deben hacer aquí el templo que les pido”.



Pero al día siguiente el Obispo tampoco le creyó y le dijo que era necesaria alguna señal para creer que era cierto que lo enviaba la misma Señora del Cielo. El lunes, su tío Bernardino se puso muy grave y le rogó que fuera a la capital y le llevara un sacerdote para confesarse. Juan Diego dio la vuelta por otro lado del Tepeyac para que no lo detuviera la Señora del Cielo, y así llegar más pronto a la capital. Mas Ella le salió al encuentro en el camino y le dijo: “Ten entendido hijo mío, el más pequeño, que no es tan importante lo que te asusta y aflige. No se entristezca tu corazón, ni te llenes de angustia. ¿Acaso no estoy yo aquí, que soy tu Madre? ¿Acaso no soy tu ayuda y protección? No te aflijas por la enfermedad de tu tío, que en este momento ha quedado sano. Sube a la cumbre del cerro y hallarás distintas flores, córtalas y tráelas”.

Juan Diego subió a la cumbre del cerro y se asombró al ver tantas exquisitas rosas de Castilla, siendo aquel un tiempo de mucho hielo en el que no aparece rosa alguna por allí, y menos en esos pedregales. Llenó su poncho y se presentó a la Señora del Cielo. Ella le dijo: “Hijo mío, ésta es la prueba que llevarás de parte mía al Obispo. Te considero mi embajador, muy digno de confianza. Ahora te ordeno que sólo delante del Obispo despliegues tu manta y descubras lo que llevas. Contarás todo lo que viste para que logres que el prelado construya el templo que he pedido”.

Juan Diego al llegar a la presencia del Obispo le dijo: “Señor, hice lo que mandaste. Pedí a la Señora del Cielo una señal. Ella aceptó. Me despachó a la cumbre del cerro, y me mandó cortar allá unas rosas y me dijo que te las trajera. Así lo hago, para que veas la señal que pides, y cumplas su voluntad. Helas aquí”. Desenvolvió su blanca manta, así que se esparcieron por el suelo todas las diferentes rosas de Castilla, y se dibujó en la manta la preciosa imagen de la Virgen María, Madre de Dios, tal cual se venera hoy en el templo de Guadalupe en Tepeyac. Luego que la vieron, el Obispo y todos los que allí estaban, se arrodillaron llenos de admiración.

El prelado desató del cuello de Juan Diego la manta y la llevó con gran devoción al altar de su capilla. Con lágrimas oró y pidió perdón por no haber aceptado antes el mandato de la Virgen... Y le pusieron por nombre la Virgen de Guadalupe, según el deseo de Nuestra Señora. Juan Diego pidió permiso para ir a ver a su tío Bernardino. El Obispo le envió con un grupo de personas para acompañarlo. Al llegar vieron a su tío que estaba muy contento, y que había quedado instantáneamente curado en el momento en que la Santísima Virgen dijo a Juan Diego: “No te aflijas por la enfermedad de tu tío, que en este momento ha quedado sano”.

El Obispo trasladó a la iglesia mayor la santa imagen de la amada Señora del Cielo. La ciudad fue a admirar y venerar la imagen, porque ninguna persona de este mundo pintó su preciosa imagen”. *(Hasta aquí el relato indio del siglo XVI).* **Sigue la próxima semana D.m.**